

Sobre la labor diplomática de Octavio Paz

El 19 de abril de 1962, el presidente Adolfo López Mateos nombró a Octavio Paz como embajador de México en India, Ceilán (hoy Sri Lanka) y Afganistán. El poeta consumió así su carrera diplomática, cuya duración fue de casi veinticinco años. Fue una carrera diplomática meritoria y profesional. La trascendencia mundial que alcanzó su obra literaria ha eclipsado en cierto modo su paso por la Cancillería.

Con motivo de la conmemoración de los cien años de su nacimiento, ofrecemos a nuestros lectores el facsímil de un informe que Octavio Paz redactó sobre el conflicto indo-paquistaní en el año de 1965. El documento pertenece al Archivo Histórico Diplomático de la Secretaría de Relaciones Exteriores (SPR-434-10) y su rescate se debe a Cristina Tovar Gómora.

NO: 787

EXP.- 54-0/

EMBAJADA DE MEXICO
NUEVA DELHI, INDIA

ASUNTO: Conflicto indo-paquistanó.

RESERVADO

Nueva Delhi, India,
Septiembre 11 de 1965.

C. Secretario de Relaciones Exteriores,
Dirección General del Servicio Diplomático,
México, D. F., México.

En el párrafo final de mi oficio número 714 del 4 del mes en curso, decía a la Secretaría que el curso de los acontecimientos me hacía temer que el conflicto indo-paquistanó sobre Cachemira se transformase en una guerra en forma. Así fué. En la madrugada del 6 el ejército indio cruzó la frontera en el Punjab y en unas cuantas horas llegó hasta los suburbios de la importante y populosa ciudad de Lahore. Desde esa fecha vivimos en estado de guerra. No declarada pero no por eso menos real.

Md. P.
Considero inútil hacer una reseña de las operaciones militares que se llevan a cabo desde hace días. Por una parte, la situación es fluida y cambia de hora en hora; por la otra, la Secretaría sin duda está mejor informada que yo. Como es natural, la prensa india ofrece una visión parcial de los hechos, de modo que sólo por las informaciones de la radio y de la prensa extranjera -esta última llega con retardo- logro enterarme de lo que sucede realmente. Aunque varios de mis colegas reciben noticias de sus respectivas Cancillerías, no siempre están en posibilidades de proporcionarme toda la información de que disponen.

El punto de vista militar y el político.

La Secretaría conoce los orígenes inmediatos de la situación actual: el descontento del pueblo de Cachemira ante el gobierno corrompido de Gulam Bakshi; la substitución de ese régimen y la liberación del Sheik Abdullah, un poco antes de la muerte del señor Nehru, como última tentativa para aplacar el descontento; la actitud del Sheik Abdullah y sus viajes a Paquistán y al extranjero, que culminaron con su nuevo encarcelamiento; las medidas de orden jurí-

X por el del señor Sadiq.

EMBAJADA DE MEXICO
NUEVA DELHI, INDIA

dico y político que, paralelamente a estos acontecimientos, fueron adoptadas por el Gobierno y el Parlamento para hacer de Cachemira un Estado más de la Unión India; la agitación de los partidarios del Sheik Abdullah y la del grupo Comité de Acción que desea la celebración de un plebiscito; las declaraciones del señor Shastri y otros altos dignatarios del Gobierno de la India en el sentido de que la integración de Cachemira era ya un hecho cumplido, sobre el que la India no toleraría ninguna nueva discusión; la infiltración de guerrilleros paquistanos, que esperaban provocar una revuelta popular; la pasividad del pueblo de Cachemira que malogró la maniobra paquistaná; el poco éxito de las fuerzas indias en sus "operaciones de limpieza" (lo cual hace pensar que los guerrilleros cuentan por lo menos con la complicidad de un sector de la población de Cachemira); la decisión del Gobierno de Delhi de ordenar a sus tropas el cruce de la línea de cese de fuego e internarse en la zona de Cachemira bajo el control de Paquistán; el avance paquistaná en el área de Chhamb, en donde se violó por primera vez la frontera internacional entre ambos países (aunque hay que decir que las tropas paquistanas no penetraron en territorio propiamente indio sino en Cachemira); y la invasión india de Paquistán Occidental en la madrugada del 6 del mes en curso.

Desde el punto de vista militar la conducta de la India parece justificada. En efecto, limitar las operaciones a Cachemira, según expliqué a la Secretaría en mi oficio número 662 de 25 de agosto pasado, presentaba dos desventajas: la actitud pasivamente hostil de la población y la dificultad de comunicaciones y aprovisionamiento de las tropas indias. (Con notoria imprevisión el Gobierno de Delhi no se preocupó, en estos 18 años, por mejorar la pésima carretera que une Cachemira a la India ~~por~~ el campo aéreo de Shrinagar y sus instalaciones, que son del todo insuficientes). Además, el ataque paquistaná en Chhamb (con tanques y material de guerra proporcionado por los Estados Unidos en virtud de su alianza militar) comprometió gravemente la situación de las tropas indias en Cachemira. Atacar en la región vulnerable, en las llanuras del Punjab, allí donde se han librado desde el siglo III antes de Cristo todas las batallas decisivas en la historia de la India, era la respuesta lógica al avance paquistaná en Chhamb -desde el punto de vista militar. ¿Lo es desde el punto de vista político?

EMBAJADA DE MEXICO
NUEVA DELHI, INDIA

Los recientes acontecimientos podrían hacer pensar que los militares poseen una influencia en la dirección de los asuntos internacionales del país que no sospechaban la mayoría de los diplomáticos y observadores. Creo que esta hipótesis es infundada. Los militares, sin duda, fueron consultados sobre la mejor manera de llevar a cabo las operaciones pero la estrategia política general ha sido planeada y decidida por el Gobierno de Shastri. Fracasa la última tentativa por llegar a un acuerdo con los dirigentes populares de Cachemira (liberación del Sheik Abdullah y formación del Gobierno liberal del señor Sadiq), la India no tenía más remedio que acentuar su política de intransigencia o modificar enteramente su actitud y aceptar la necesidad de un plebiscito o de cualquier otra solución intermedia. Esto último, por razones que se explican más adelante, hubiera sido posible, quizá, antes del conflicto sino-indio; en las actuales circunstancias habría provocado trastornos interiores de incalculable gravedad.

En los últimos meses el Gobierno del señor Shastri declaró en repetidas ocasiones que la discusión sobre Cachemira había concluido desde hacía mucho y que la India no estaba dispuesta a entablar nuevas negociaciones. No vale la pena detenerse en los argumentos jurídicos, políticos e históricos que fundan la tesis india, por ser bien conocidos de la Secretaría. En cambio, sí es útil subrayar que esta actitud del Gobierno de Delhi excluye radicalmente toda solución política del problema (plebiscito, independencia, autonomía, fideicomiso indo-paquistano del Valle de Shrinagar y otras soluciones más o menos realistas). Al afirmar que el problema de Cachemira ha desaparecido con la integración definitiva de ese territorio, los dirigentes indios cerraron las puertas a toda posibilidad de negociación pero, al mismo tiempo, las abrieron a la violencia. El resultado fue la infiltración de los guerrilleros, que a su vez provocó el cruce de la línea de cese de fuego por el ejército indio, etc. Es imposible que el señor Shastri y sus consejeros, tanto los gubernamentales como los miembros del Comité Directivo del Partido del Congreso, no hayan previsto las consecuencias políticas y militares de sus actos y declaraciones. Si se examinan los antecedentes de este problema podrá concluirse que no les quedaba otro camino.

El "secularismo" indio.

La decisión de conservar Cachemira, cueste lo que cueste, es una consecuencia de la situación que prevalecía en la India en

EMBAJADA DE MEXICO
NUEVA DELHI, INDIA

los momentos en que el Reino Unido concedió la independencia a este país y a Paquistán. El Gobierno de la India se ha considerado siempre como el heredero natural del Gobierno Imperial Británico. Como es sabido, a lo largo de más de cuatro mil años de historia, la civilización hindú -escribo hindú con toda intención- jamás tuvo un Estado nacional. El primer Estado nacional -si se olvida al Maurya, que floreció en el III siglo antes de Cristo- fué el Imperio Mogol, fundado por extranjeros de religión musulmana. Además, ni los imperios Maurya y Mogol ni las dinastías locales lograron dominar todo el subcontinente. En realidad, la India, que es una gran civilización, nunca fué una nación. La administración inglesa logró organizar política y económicamente a un gran conjunto de razas, naciones y religiones heterogéneas. Una de las razones del éxito del gobierno virreinal inglés fué su actitud más o menos imparcial ante las diferencias religiosas, que son muy profundas en la India y que a su vez engendran contrastes y choques de orden económico y político. El señor Nehru y el brillante grupo que lo rodeó en los primeros años hicieron suya, con entera buena fé y sinceridad, la actitud secular del gobierno británico. A sus ojos, la única posibilidad de conservar la unidad de la India consistía en crear un Estado democrático y secular que permitiese la convivencia de las distintas razas y religiones. El nacionalismo indio se ha presentado siempre como una ideología secular. Esa fué la política de Nehru y esa ha sido la del actual gobierno. Ahora bien, no puede entenderse el verdadero significado de este "secularismo" si no se examinan los orígenes del nacionalismo indio y su función real dentro de la sociedad.

El nacionalismo es una importación occidental en Oriente. Los orígenes de este movimiento se remontan a la primera mitad del siglo pasado. Al principio no fué tanto una respuesta contra la ocupación inglesa como la adopción por parte de la inteligencia india (especialmente en Bengala) de las ideas políticas británicas. Por una perversión intelectual cuya explicación me obligaría a desviarme demasiado, las ideas nacionalistas adoptaron inmediatamente una tonalidad marcadamente religiosa. Hubo un nacionalismo hindú (antimusulmán) y otro musulmán (antihindú). El nacionalismo indio fué desde el principio una expresión del hinduismo y de ahí su oposición irreductible ante el Islam. Esta oposición fué (y es) virulenta por dos razones: los musulmanes fueron el grupo dominante en el norte del subcontinente hasta la llegada de los ingleses; además, el Islam es la única religión que no ha podido asimilar el hinduismo, a pesar de su casi infinita capacidad para absorber y digerir todas

EMBAJADA DE MEXICO
NUEVA DELHI, INDIA

las creencias y filosofías, desde las más bárbaras hasta las más refinadas. Desde esta perspectiva es fácil darse cuenta de las limitaciones de la posición de Nehru y de los que sostienen que el régimen actual de la India es secular. Para la masa india y buena parte de sus dirigentes, nacionalismo quiere decir hinduismo. Sus partidarios se dividen en dos categorías: los fanáticos y extremistas, que desean crear un Estado nacional hindú, como el Jan Sangh y otros grupos; y los hindúes liberales, que componen la mayor parte de las filas del Partido del Congreso y del Gobierno actual y que se sirven del secularismo como una máscara para esconder sus verdaderos propósitos. Los "secularistas" de buena fé no ejercen una influencia en la población y así, a sabiendas o no, son los instrumentos del hinduismo más o menos moderado, que es el que dirige la vida real del país. El "secularismo" indio es un ideal o una máscara, como se quiera, no una realidad. Por lo que toca al nacionalismo paquistaní, sólo diré que sus raíces son religiosas y que su intolerancia es mayor aún que la del hinduismo.

El problema político se convierte en conflicto militar.

Durante más de 15 años el Gobierno de la India creyó que el problema de Cachemira podría resolverse evitando dos extremos igualmente peligrosos: un plebiscito, que con toda seguridad le sería adverso; y una ocupación violenta. O dicho de otro modo: Delhi contaba con que, ayudado por el tiempo, conquistaría ya que no el amor la pasiva aceptación del pueblo de Cachemira. Dos obstáculos exteriores se oponían a esta política: la agitación de Paquistán en Cachemira y en los foros internacionales; y la oposición pacífica y democrática del Sheik Abdullah y otros dirigentes de Cachemira. A estos obstáculos exteriores debe añadirse otro interior: el fracaso de la política secular del Gobierno de la India. Basta examinar la realidad de este país para darse cuenta de que la minoría musulmana -una minoría de cerca de 50 millones- vive una vida marginal. No podía ser de otro modo: la inmensa mayoría de los indios profesa un nacionalismo de tipo religioso. Ciertamente, el Gobierno de Delhi ha impedido, no siempre con éxito, las matanzas más o menos periódicas de las minorías musulmanas. En cambio no ha hecho nada, o muy poco, en favor de la verdadera integración de los musulmanes en la vida económica, política y cultural de la India.

En suma, tanto por los obstáculos exteriores a que he aludido como por su incapacidad de llevar a cabo una política realmente

EMBAJADA DE MEXICO
 NUEVA DELHI, INDIA

secular, el Gobierno de Shastri no pudo conseguir la integración pacífica y voluntaria de Cachemira. Así, no le quedó otro recurso que el de proceder como si la ficción fuese la realidad y declarar que Cachemira era parte integrante e indivisible de la nación india. Ahora bien, al desaparecer como problema interior, Cachemira reapareció inmediatamente como problema internacional. Los elementos del problema son los mismos pero el contexto es diferente. Al transformar un problema político en cuya resolución estaban interesadas tres partes (India, Paquistán y el pueblo de Cachemira) en un conflicto internacional, el Gobierno de Delhi obtuvo una primera victoria táctica: hacer que pasase a segundo término la cuestión de substancia, es decir, el problema de Cachemira. En efecto, toda la atención del mundo se dirige ahora a lograr un cese de fuego inmediato.

~~Quisiera decir que el problema de Cachemira es un problema~~

↑
 Cualquiera que sea nuestro juicio sobre la política de la India, es evidente que, dentro de las circunstancias, no podía elegir ninguna otra. Debe recordarse que el pueblo indio -o, al menos, los grupos populares con mayor conciencia política- ha sufrido en los últimos años una serie de desilusiones: del fracaso de los planes económicos, la humillación del ataque chino, la paulatina pérdida de prestigio internacional, la pobreza creciente, la corrupción de la casta política, las terribles injusticias sociales... Si el señor Shastri hubiese adoptado algunas de las medidas propuestas por el Sheik Abdullah y otras personalidades, tendientes a dar una solución más racional al conflicto, la respuesta popular seguramente habría sido una explosión de motines, seguida de matanzas de musulmanes. El señor Shastri habría puesto en peligro no sólo a su Gobierno sino a la existencia misma de las instituciones democráticas. Sin embargo, hay que preguntarse si la política actual no significa el triunfo de esas mismas tendencias del nacionalismo hindú, aunque recubiertas por la fraseología del 'secularismo'. La paradoja de la época de Nehru se repite. En el caso de Cachemira la posición de los nacionalistas indios liberales es indistinguible, en la práctica, de las aspiraciones del nacionalismo hindú. No quiero decir que estemos ante una guerra religiosa; digo que estamos ante un conflicto en el cual la idea de nacionalidad, tal como se entiende en Europa y en América, se tiñe de una coloración religiosa que exacerba las disputas y las vuelve inconciliables.

EMBAJADA DE MEXICO
NUEVA DELHI, INDIA

La imposibilidad de encontrar una solución intermedia obligó al Gobierno a seguir insensiblemente un camino que provocaría fatalmente una respuesta violenta de Paquistán. Se dirá que tal vez Delhi subestimó la reacción de Paquistán. No parece creíble: todos sabemos que la política exterior de ese país está determinada precisamente por el caso de Cachemira. Ningún régimen que renunciase a esta reivindicación podría sostenerse por largo tiempo en Paquistán. Cierto, el General Ayub -a diferencia de su agresivo e intolerante Ministro de Negocios Extranjeros, señor Z. A. Bhutto- dió a veces la impresión de estar menos obsesionado por la cuestión de Cachemira que los otros dirigentes paquistanos. Esta actitud conciliadora nunca fué aprovechada por Delhi. ¿Se pensó que era un síntoma de debilidad o los gobernantes indios tenían que hacer frente a presiones internas semejantes a las que se ejercían sobre el General Ayub? Creo que ambas cosas son ciertas. De todos modos, ante las modificaciones legales del estatuto especial de Cachemira, Ayub no podía, sin riesgo de perder el poder, sino acentuar la política aventurera y de intransigencia preconizada por Bhutto. Pero no deseo extenderme, en este informe, sobre las características de la política paquistana y las contradicciones entre sus dirigentes. Lo cierto es que, aún antes de que se anunciase la infiltración de guerrilleros paquistanos, el señor Shastri había ya definido la actitud de su Gobierno: el caso de Cachemira había sido definitivamente resuelto y la India no toleraría ninguna tentativa por resbrir la discusión, ya fuese con Paquistán o con los líderes de la oposición (Abdullah y el Comité de Acción). Apenas iniciada la etapa violenta de la disputa, el señor Shastri reiteró, en su respuesta al mensaje del señor U. Thant, que la India no cedería las posiciones conquistadas sino hasta obtener garantías de que Paquistán no reincidiría en sus actos agresivos. El razonamiento posee cierto carácter fantástico: esas garantías nadie puede dárseles a la India salvo si su Gobierno acepta aquello mismo que juzga inaceptable: una solución política en la que intervengan las tres partes en disputa (el pueblo de Cachemira, India y Paquistán). El razonamiento es de carácter circular y se parece a los argumentos de los esquizofrénicos. La misma tonalidad patológica se observa en los razonamientos paquistanos, que recuerdan a los delirios de los paranoicos. La analogía con las enfermedades mentales no es casual: ante un problema cuya solución racional repugna a nuestros prejuicios y pasiones, los pueblos como los hombres acuden a soluciones imaginarias y delirantes. El resultado es la locura en los individuos y la violencia en las colectividades.

EMBAJADA DE MEXICO
NUEVA DELHI, INDIA

La decisión de aplicar una política de fuerza a la solución de un problema político puede parecer (y lo es) un acto irracional. Pero los medios de que se ha valido la India distan mucho de serlo. Con gran habilidad el Gobierno ha declarado que sus objetivos son limitados. El Ministro de la Defensa, señor Y.B. Chavan, dijo antier en el Parlamento que la ofensiva no tenía más propósito que la destrucción de la fuente de las agresiones y no la conquista territorial o la dominación de Paquistán. Por lo demás, los gobernantes indios saben que no pueden destruir totalmente el poderío bélico de Paquistán, excepto en una guerra larga -algo que no sé si los dos países están en condiciones de resistir y las grandes potencias en disposición de tolerar. En realidad, la ofensiva india tiene dos objetivos. El primero: alcanzar la supremacía militar antes de que intervengan en serio las Naciones Unidas y las grandes potencias, para estar en mejor posición a la hora de las negociaciones. El segundo: mostrar que la solución del conflicto depende de que nadie trate de ligar la suspensión de las hostilidades con la discusión del problema de Cachemira. El éxito de esta política depende de dos circunstancias. La primera: el ejército indio debe demostrar en el campo de batalla su efectiva superioridad. La segunda: las grandes potencias y las Naciones Unidas, ante el peligro de una intervención china o de cualquier otra complicación internacional, han de aceptar la pretensión india de considerar como problemas diferentes la suspensión de las hostilidades y la discusión sobre Cachemira. Son ociosas las profecías sobre el primer punto. El segundo merece reflexión por separado.

La prudencia de los poderosos.

El Gobierno de la India sabía de antemano que su política no podía obtener ni la aprobación de las grandes potencias ni la simpatía de muchos de sus "amigos" de Asia y Africa. Pero sabía también que ni los Estados Unidos ni la Unión Soviética estaban en posibilidades, al menos durante la primera fase del conflicto, de adoptar medidas serias que impidiesen la continuación de las hostilidades. Me explicaré. La unanimidad de las recientes resoluciones del Consejo de Seguridad confirma que en esta ocasión los intereses de las dos grandes potencias, los Estados Unidos y la URSS, son coincidentes. El factor determinante es su común temor a que cualquier cambio en el "statu quo" favorezca a la República Popular de China. Ahora bien, según se verá por lo que sigue, su deseo de no alterar el "statu quo" paraliza su acción, al menos momentáneamente.

EMBAJADA DE MEXICO
NUEVA DELHI, INDIA

La cautela de los Estados Unidos es explicable. En Asia, como en el resto del mundo, la relación de fuerzas y de alianzas ha variado fundamentalmente. Ayer, cuando los rusos eran la principal amenaza del poderío angloamericano, la política de los Estados Unidos consistía en fortificar a Paquistán mientras se trataba con recelo a la India, culpable de un neutralismo que para Foster Dulles equivalía a una traición. La aparición de la República Popular de China como una gran potencia asiática transformó el panorama. A esta circunstancia debe agregarse el cambio en la política exterior rusa, así como la disputa entre la Unión Soviética y la República Popular de China. Sobre vino entonces el conflicto sino-indio. Su primera consecuencia fué el acercamiento entre Washington y Delhi. Para los angloamericanos el neutralismo dejó de ser un pecado mortal y los indios dulcificaron sus denuncias contra el imperialismo occidental: habían descubierto cerca de sus fronteras al imperialismo oriental. Al mismo tiempo, para Paquistán, China se convirtió en un amigo seguro ya que no en un aliado militar. Aunque los Estados Unidos no pueden ver con buenos ojos las recientes actitudes de Paquistán, cada vez más cercanas a las tesis de Pekín, tampoco desean empujarlo brutalemente en los brazos de China (como hizo, torpemente la administración de Eisenhower con Fidel Castro). En suma, la situación de los Estados Unidos es particularmente delicada: aplicar sanciones contra India, significaría debilitarla frente a China y equivaldría virtualmente a un abandono que produciría incalculables consecuencias internacionales; favorecer a la India y humillar a Paquistán implicaría consumir la alianza sino-paquistana. Otro tanto debe decirse de la Gran Bretaña que aquí, como en todas partes, es la punta de lanza de la diplomacia yanqui. Además, India y Paquistán son miembros prominentes de la Comunidad Británica.

Para la URSS la situación no es menos difícil. En los años en que Paquistán era uno de los países más decididamente anticomunistas del Asia, la URSS no vaciló en tomar partido en favor de India en el caso de Cachemira. No sería coherente que ahora cambiase de actitud. Más tarde, ante el cambio de frente de Paquistán, Moscú atemperó su posición. Los rusos no pueden sino ver con alegría las diferencias entre el régimen del General Ayub y sus antiguos aliados de Occidente; al mismo tiempo, debe inspirarles preocupación la creciente amistad sino-paquistana. Así pues, la situación de la Unión Soviética no es fundamentalmente distinta a la de los Estados Unidos.

Es claro que Washington y Moscú podrían hacer algo más

EMBAJADA DE MEXICO
NUEVA DELHI, INDIA

que enviar mensajes pacifistas a los señores Shastri y Ayub. También es ilusorio pensar que las resoluciones de las Naciones Unidas bastarán para imponer el cese del fuego. Lo único que podría detener a indios y paquistanos sería una amenaza energética de imponer sanciones colectivas, especialmente económicas y políticas. Pero lo único que han hecho hasta ahora los anglo-americanos y los ingleses es suspender la ayuda militar a India y Paquistán. Tal vez aguardan el momento en que se acaben las municiones... aunque mientras tanto mueran miles de gentes y se arruinen los dos países. (Señalo de paso que un prolongado "embargo de armas" favorecería a la larga a la India, que cuenta con una industria militar en tanto que Paquistán depende casi enteramente de la ayuda exterior). Por supuesto, la gravedad del conflicto obligará a las grandes potencias a tomar posiciones más decisivas en los próximos días. Si se rompiera el acuerdo tácito que prevalece en estos momentos entre los Estados Unidos y la URSS, el peligro de una guerra mundial sería inminente. No sería imposible, por ejemplo, que los Estados Unidos, obsesionados ante la situación en Viet-Nam y su disputa con China, cometiesen la imprudencia de favorecer a la India. En ese caso la Unión Soviética se enfrentaría a una decisión de importancia mundial: consumir su ruptura con China o replegarse y seguir una línea independiente que, en la práctica, significaría una vuelta al período anterior de la coexistencia pacífica. No menos peligrosa, aunque más improbable, sería la ayuda anglosamericana a Paquistán. Lo mismo debo decir de la actitud rusa ante los dos países en lucha. El peligro es menor porque la Unión Soviética ha mostrado en los últimos años mayor prudencia que sus rivales de América. Por último, repito que, a mi juicio, la República Popular de China no intervendrá directamente en el conflicto -aunque su posición sea favorable a Paquistán- sino en último término. A pesar de sus violencias verbales, Pekín no ha enviado tropas a Viet-Nam y tampoco las enviará a la India.

Perspectivas.

Una derrota militar o diplomática de la India, además de provocar disturbios contra la minoría musulmana, probablemente acarrearía la caída del señor Shastri. Es bien conocida la debilidad de la izquierda india: los comunistas están divididos en pro-rusos y pro-chinos; los socialistas carecen de dirigentes y

^x Después del incidente de Cuba.

EMBAJADA DE MEXICO
NUEVA DELHI, INDIA

de masas; y la izquierda del Partido del Congreso se ha comprometido con el régimen centrista de Shastri y con su actual política frente a Paquistán. Así pues, la derecha tradicional -algo muy distinto a la derecha capitalista y moderada del partido Swatantra- sería la llamada a ocupar el puesto vacante. Veo dos posibilidades. La primera sería un gobierno presidido por una personalidad semejante a la del señor Morarji Desai, antiguo Ministro de Finanzas de Nehru. Sería el triunfo del hinduismo ilustrado, para decirlo de alguna manera. Un régimen fuerte, algo así como el de un Salazar hindú. La segunda posibilidad es aterradoras: un nazismo asiático. El triunfo de los extremistas del Jan Sangh y otros grupos fanáticos, cuyo reducto es el norte del país, sería el comienzo de la desintegración de la India: los nacionalistas del sur, especialmente los del partido D.M.K., dravidio y antibramánico, inmediatamente amenazarían con la escisión. No menos sino más desastrosas serían las consecuencias de una derrota de Paquistán: el régimen de Ayub sería desplazado por un gobierno de desesperados, que estrecharía totalmente la alianza con China. Así pues, en cualquier caso la República Popular de China saldría beneficiada: la derrota de la India la fortalecería y la de Paquistán inclinaría definitivamente este país a su lado. Todo esto explica, una vez más, la preocupación de los Estados Unidos y la URSS y la cautela extrema con que tratan a ambos contendientes. Pero por el momento las grandes potencias están condenadas a desear la conservación del "statu quo" sin que puedan hacer nada efectivo para conservarlo. En efecto, la posición de los dos países en lucha es muy clara: India acepta el cese de fuego si no se vuelve a hablar más de Cachemira; Paquistán lo acepta si se reabre la discusión sobre el problema. ¿Qué hacer? Las grandes potencias se enfrentan a un rompecabezas: lograr el cese de hostilidades sin que ninguno de los dos rivales salga vencido o humillado. Cualquier otra solución trastornaría definitivamente, a la larga o a la corta, el equilibrio en esta parte del mundo.

La cuestión de Cachemira se transformó de conflicto social, religioso y político -herencia no sólo del imperialismo británico sino de la historia de hindúes y musulmanes- en una disputa entre dos naciones que poseen la misma civilización y que se enfrentan a los mismos problemas sociales y económicos. Hoy este conflicto se ha convertido en un rompecabezas mundial. Lejos de abstraerlo a la decisión de los extraños, los dirigentes de India y Pa-

-12-

EMBAJADA DE MEXICO
NUEVA DELHI, INDIA

quistán han invitado a las grandes potencias a intervenir directamente, inclusive contra su voluntad, en la solución de la querrela. Ya no se trata sólo de la cuestión de Cachemira ni de la rivalidad entre India y Paquistán. Están en juego los intereses de tres grandes potencias: los Estados Unidos, la Unión Soviética y la Republica Popular de China. En esta ocasión, como en tantas otras, la paz depende de la posibilidad de un acuerdo, tácito o declarado, entre los Estados Unidos y la Unión Soviética.

No quisiera cerrar este informe sin referirme brevemente a las condiciones de vida y trabajo en Delhi. Hasta ahora la única alteración notable ha sido la imposición de la queda, que dura de las siete de la noche hasta la madrugada. Las otras medidas habituales - racionamiento, censura de la correspondencia, etc. - no se harán esperar. Se nota ya cierta carestía en los víveres y otros artículos de consumo. Las Misiones diplomáticas han suspendido todas sus recepciones. En dos o tres ocasiones, aviones de Paquistán han intentado, sin éxito, penetrar en Delhi para bombardear el puerto aéreo militar (a algunos kilómetros de la capital). Las sirenas de alarma suenan todas las noches. El temple popular es confiado y la gente ha recibido con alegría las noticias de los primeros éxitos (aunque el Gobierno, con prudencia, ha advertido al público que habría altas y bajas). Preveo, sin embargo, momentos muy difíciles para la población civil si el conflicto se prolonga. El personal a mis órdenes trabaja con discreción y eficacia. Para alentarlos, sugiero a la Secretaría el envío diario de algún periódico mexicano, tal como he solicitado en otros oficios (nunca se ha contestado a mis peticiones). Por último, seguiré informando con toda regularidad - a no ser que el estado del correo aéreo o cualquiera otra circunstancia me obliguen a emplear medios menos directos. En este caso, la Secretaría comprenderá la razón de mi discreción y, aún, de mi silencio. Por lo demás, utilizaré la vía telegráfica cada vez que sea necesario. Una última sugestión: es indispensable iniciar el anunciado servicio de valijas.

Aprovecho la oportunidad para reiterar a usted las seguridades de mi más atenta y distinguida consideración.

SUFRAGIO EFECTIVO. NO REELECCION.

El Embajador
Octavio Paz
Octavio Paz.

OP/cc